

RESEÑA-HOMENAJE

MEMORIA Y MEMORIAS DE UN HOMBRE DE EXCEPCIÓN: LOUIS MALASSIS

El maestro Louis Malassis, expresado ese título de “maestro” con todo respeto, tal como lo hacen en México con las personas sabias, ha escrito un libro singular: *La longue marche des paysans français* (Fayard, 2001). Es un libro sorprendente por muchas razones, pero especialmente por dos: por la concisión con la cual trata el dilatado período histórico que examina y por la maestría de estilo con que lo hace. Es, en realidad, un libro muy bien documentado, en el que se hace referencia a una serie de cambios: en la historia europea, en la historia francesa, en la historia del campesinado francés, en la historia de Bretaña, en la historia de las mentalidades en el oeste de Francia.

Todo esto es logrado sin que la abundante información ofrecida sepulte al lector en un mar confuso de cifras, de fechas y de personajes. Y algo aún mucho más difícil: sin que se le vean las costuras al libro. El mayor deseo de un escritor es escribir un libro en el cual el lector no sienta las arrugas, los agregados, las costuras. Por eso pienso que el maestro Malassis ha logrado completar una verdadera proeza, aún más notoria tratándose de una persona que no vive del oficio de la escritura ni se precia de ser un escritor experimentado. A él lo conocemos por ser autor de otros libros, más técnicos que éste, por ser miembro de la Academia de Francia y por hermosas obras como el

Agricultura de *Agropolis Museum* de Montpellier, el museo de la alimentación y de la agricultura en el mundo.

La clave de esa hazaña ahora cumplida es haberse referido a todas esas historias envolviéndolas en los hechos de su propia historia, es decir, en las circunstancias de su historia personal, contándonos con una pasmosa facilidad, tal como lo hacen los buenos novelistas, la saga de la familia Malassis, desde la época del abuelo (1850-1913), hasta la década de 1970, cuando se ha concretado la modernización agrícola de Francia, y en especial de la región de Bretaña. Con ese libro maravilloso, en el que uno se entera de la historia reciente de Francia, el maestro Malassis nos ha dado una hermosa lección de humildad y de buena escritura.

El pretexto es, sin embargo, muy comprensible. El maestro Malassis nos ha dado exactamente lo que nosotros, que nos movemos en el campo de las ciencias del desarrollo agrario, esperábamos de él: la explicación del tránsito de una sociedad rural a una sociedad urbana y el avance de los procesos tecnológicos aplicados a la agricultura al nivel local (la unificación de las fincas, el uso de maquinaria agrícola, de insecticidas y de fertilizantes químicos, la nueva organización de los productores, la utilización del crédito agrícola, etc.)

y al nivel nacional (la creación del Instituto Nacional de Investigaciones Agronómicas, INRA; leyes como la del Arrendamiento y la Aparcería, de 1946; las cooperativas de utilización del material agrícola; el papel jugado por las Juventudes Agrícolas Cristinas, JAC; el combate de los sindicalistas agrarios; el desarrollo de la industria alimentaria y la extensión de los servicios públicos y la seguridad social al campo; etc.). En efecto, muchos factores, económicos, técnicos, sociales y políticos se combinaron para reforzar la acción del progreso que tenía lugar en el dominio de las ciencias del agro y en las prácticas agrícolas. Todos esos elementos aunados trajeron consigo una enorme elevación de la productividad agrícola en un medio campesino reputado tradicionalmente como impermeable a los cambios. Y aquella región bretona de la década de 1930, pobre, atrasada y sin futuro, se convirtió, cincuenta años después, en una próspera región agrícola francesa, la más avanzada quizás de todo el país. En efecto, la Bretaña, con apenas el 6 por ciento de la superficie agrícola y el 10 por ciento de la población agrícola francesa, era responsable en 1980, al nivel nacional, del 42 por ciento de la producción porcina, del 25 por ciento de la producción avícola y de huevos y del 20 por ciento de la producción lechera. Nos enseña, así, cómo una buena parte de la Francia pobre, rural y atrasada transformó sensiblemente sus sistemas de producción y comercialización, de organización y de comportamiento social para mejorar de una manera notable sus niveles de vida, adentrándose ventajosamente en los procesos de la globalización y de la modernidad.

El maestro Malassis relata las incidencias del lento, penoso y difícil proceso de transformación agrícola que vivieron en Francia, los campesinos franceses, entre 1945 y 1975, es decir, durante el período de

los “*Trente Glorieuses*”. Fue una revolución silenciosa que tocó al mundo de la técnica y de la comercialización agrícolas, que trastocó el comportamiento de los mercados y cambió las formas de vida y las mentalidades de las comunidades agrícolas. Nos habla no sólo de una revolución social, que hizo saltar en pedazos los restos de la servidumbre económica y política que aún permanecían vivas en algunas áreas de Francia a mediados del siglo XX, sino que también convirtió a la mujer del campo en una importante protagonista de la historia de su propio pueblo. Lo que había permanecido casi inmutable durante mucho tiempo, se vio trastornado en unos pocos años, pues se transformó la vida cotidiana de los cultivadores y sus mujeres. Las cosas cambiaron por fuera y por dentro, como si hubiera venido un viento fuerte y sorpresivo y arrastrara consigo la gente y las cosas en el país de *Fougères*, en la Bretaña, en el oeste de ese maravilloso y sufrido país que ha sido Francia.

Cuando la tempestad amainó y el viento cesó de soplar, las pequeñas granjas de la miseria bretonas se habían convertido en explotaciones familiares modernas; los campesinos pobres se habían transformado en agricultores prósperos; la agricultura de subsistencia se había vuelto una agricultura orientada hacia el mercado. Y las Marches de Bretaña, limitada por la bahía del monte de *Saint Michel*, al norte, y la bahía de *Bourgneuf*, al sur, aquella provincia miserable, atrasada e inculta, escasamente cultivada, poblada de seres que los cronistas calificaban como salvajes, “graves y singulares, limitados a su techo de paja, a su vallado y a su fosa”, se había convertido en una de las regiones de mayor desarrollo agropecuario en Francia. Quedaba atrás, muy lejos, la oscura noche del cruel e injusto sistema feudal, que, con sus prohibiciones y normas, impedía elevar los rendimientos, mientras que, por otra parte, les quitaba a los

trabajadores gran parte del excedente logrado con esfuerzo, a través de injustos y elevados pagos de impuestos y de rentas. Y quedó atrás también la furia asesina de los tres caballeros del Apocalipsis que cabalgaban sobre las tierras de la Edad Media europea: la guerra, el hambre y la peste. Esa extraordinaria revolución silenciosa, impensable a principios del siglo XX, fue realizada por los jóvenes campesinos pertenecientes a la “generación de las dos guerras”, ya que nacieron durante la I Guerra Mundial y batallaron en la segunda. Sobre todo eso y algo más trata este libro. Es quizás este “algo más” el que más gratamente me ha impresionado, porque ilustra claramente la preocupación constante que manifiesta el autor por la gente, su lealtad con la modestia de su procedencia, su viva identificación con las cosas más sencillas de su familia, de su pueblo y de su región natal, de la cual él es uno de los representantes más destacados, al igual que esos escritores del mismo origen que Malassis se place tanto en nombrar. Pero, a pesar de su actual nombradía y relevancia en el panorama de la agricultura nacional, el maestro Malassis se sigue comportando como un ser sencillo, generoso y amable. No ha perdido su bonhomía, su mirada franca y honesta de campesino y la sencillez sorprendente de su trato. Ni ha perdido tampoco el sentido del humor y del honor, que lleva cada campesino impreso en la memoria y en la sangre. Él mismo cita a Pierre Jakez Hélias, otro escritor bretón: “Cuando uno es pobre, hijo mío, hay necesidad de tener honor. Los ricos no lo necesitan”.

El maestro Malassis, el querido maestro Malassis, nos introduce con dulzura en la región misteriosa de *Fougères*, donde hay druidas y espantos nocturnos, en aquel tiempo en que la gente era analfabeta, inocente y pobre. Entonces, en medio de la austeridad parroquial, se

traspasaban apenas los límites de la comarca, se comía cinco veces al día raciones frugales, se estrenaba tres pares de zapatos durante toda una vida y se hablaba bretón o galo, porque el francés era una lengua extraña en aquella aislada región de Europa. Y sin darnos cuenta, nos encontramos con él, hablando de las cosas de la tierra y de los trastornos del clima y de los resultados de la cosecha, mientras compartimos con gente como nosotros, al menos con un origen campesino similar al nuestro, la esperanza y una pinta de cidra en uno de los cafés situados en un extremo de la empinada calle de *La Pinterie*, en la villa de *Fougères*.

Para reconstruir la historia de su gente, el maestro Malassis apela al recurso de las historias particulares, es decir, a las historias de vida. Entonces, oímos hablar a Jean, su cuñado, de los pormenores de su vida, y más tarde, a su hermana Denise, porque él, Louis, había dejado tempranamente la pequeña granja de sus padres, a los trece años, para cursar estudios en el pueblo y, más tarde, en *Rennes*. Después nos enteramos, el maestro lo cuenta con modestia y sin falsa grandilocuencia, que él estuvo, como tantos otros jóvenes franceses, enrolado en la Gran Guerra. Lo encontramos en 1940, combatiendo, con su grado de subteniente de transmisiones de una batería de artillería, hasta que cae prisionero de las tropas alemanas. Un tiempo después, en 1943, es liberado junto con otros agrónomos e ingresa como docente en la Escuela Nacional de Agricultura de *Rennes*.

La historia de los grandes cambios agrícolas en Francia que narra con tanta frescura y propiedad el maestro Malassis es, sin embargo, la historia de un combate inconcluso. Cómo él lo dice, en las palabras finales de su libro: “A la escala de la historia y del mundo, los agricultores han sido siempre los hombres más explotados del planeta. El combate por reducir

el subconsumo alimentario y eliminar las hambrunas está lejos de terminarse”. Este libro, que no es, de ninguna manera, el informe frío de un académico en el que el autor no toma en cuenta su propia presencia, sino el estudio amoroso de un gran agrónomo que no ha perdido el amor por su pueblo y, en general, por los campesinos de todo el mundo, ha logrado subyugarme completamente. Para decirlo con palabras tomadas del escritor estadounidense Paul Auster, uno de mis novelistas preferidos, referidas al antropólogo francés Pierre Clastres, autor de la “Crónica de los indios guayaquíes”: “Su atención al detalle es escrupulosa y rigurosa; su capacidad para sintetizar sus ideas en frases coherentes y vigorosas resulta a menudo impresionante. Es de esos raros estudiosos que no vacilan en escribir en primera persona, y el resultado no es sólo un retrato de la gente objeto de su estudio, sino un retrato de sí mismo”. Y eso es, precisamente, lo que ha hecho el maestro Malassis.

Rafael Cartay